

homenaje andalucista a la mozarabía

Manuel Sotomayor

Opresiones culturales

Durante la larga gestación que condujo al nacimiento de los modernos estados europeos, tuvo lugar en cada uno de ellos un proceso de unificación que terminó agudizándose, hasta convertir en ideal primero, y luego en logro, el centralismo y la uniformidad cultural. Parecía oponerse a la prosperidad de las naciones el que, dentro de un mismo estado, existiese diversidad de lenguas, variedad en cualquier clase de ordenamiento jurídico, cultivo de las diferentes culturas locales o regionales, coexistencia de distintas confesiones religiosas.

La configuración centralista y uniformista de cada Estado ha dejado una impronta tan profunda en buena parte de los ciudadanos, que todavía hay muchos que no ven con buenos ojos el refloramiento de aquellas lenguas y culturas que fueron injustamente oprimidas y sacrificadas en aras de una unidad mal entendida como uniformidad.

En nuestros días dominan otros aires. Una visión más clara de los derechos humanos nos va permitiendo apreciar, por ejemplo, que la lengua materna de cada ciudadano no necesita ningún permiso para existir; existe en determinada localidad o región, y nadie tiene derecho a impedir su existencia, ni a coartarla en su expresión, ni en su mantenimiento, ni en su evolución, ni en su expansión natural. Y lo dicho de la lengua se ha de decir igualmente de toda cultura y de toda la cultura, aunque se halle en situación minoritaria dentro de un Estado en el que haya prevalecido otra más potente o compartida por mayor número de individuos. La coexistencia en un mismo Estado de varias lenguas, culturas y religiones es un hecho, no un capricho ni una concesión.

Vistas así las cosas, es fácilmente comprensible la simpatía cada vez más extendida en el mundo de hoy hacia las minorías oprimidas por mayorías absorbentes y monopolizadoras, que pretenden imponer su monopolio bajo capa, a veces, de un beneficio común, que es beneficio para ellos mismos, pero no para los que se ven privados de su propia personalidad cultural, por muy inferior que éstaarezca a los ojos de los «bienhechores».

Animados con este espíritu de respeto y aprecio de los derechos de las minorías culturales, son muchos los que han escrito y escriben no sólo en defensa de estas minorías injustamente tratadas en nuestros mismos tiempos, sino también reivindicando la memoria de otros grupos étnicos o religiosos que en el pasado fueron objeto de iguales o peores injusticias, como, por ejemplo y para aducir un caso que nos atañe muy de cerca, los judíos o los moriscos, obligados por nuestras autoridades a abandonar sus creencias, sus prácticas y sus costumbres, o incluso a renunciar a sus tierras y a su patria.

Curiosamente, no parece gozar de iguales simpatías, al menos por parte de los que más claman en favor de otros grupos oprimidos, un grupo andaluz que, además de representar una de las raíces más hondas de nuestro ser andaluz, fue objeto de esa opresión a que nos venimos refiriendo y, por liberarse de ella, lucharon algunos hasta la muerte. Me refiero a los mozárabes cordobeses y especialmente a los del siglo IX.

Nuestras raíces culturales latinas

El primer capítulo plenamente histórico de la historia de Andalucía es el de nuestra época romana. Desde la fundación de Itálica, en los mismos albores de la conquista, en el año 206 a. Cr., lo que hoy es Andalucía empieza a recibir el influjo político y cultural de Roma, para el que estaba mejor preparada que otras regiones de la Península. A los que no son andaluces les resultan exageradas estas palabras escritas en el siglo I por Estrabón: «Los turdetanos y, ante todo, los que habitan junto al Betis, han sido completamente romanizados»¹. Exagerado o no, hoy día nadie discute que la provincia Bética llegó a un alto grado de romanización, como tampoco hay quien dude seriamente de la prosperidad que llegó a alcanzar nuestra región, de la que son muestras fehacientes ciudades como Hispalis, Itálica, Astigi, Gades, etc., y, sobre todo, Córdoba, la capital.

(1) ESTRABON, *Geografía de Iberia*, Ed., trad. y com. de A. Schulten: *Fontes Historiae Antiquae VI* (Barcelona 1952).

La fama que merecidamente goza la Córdoba califal, ha hecho olvidar con frecuencia al no iniciado, las excelencias de la Córdoba romana, cuyos restos arqueológicos continuamente puestos en evidencia con motivo de las nuevas construcciones modernas, muestran una ciudad rica, próspera y culta y de muy superior calidad, como tal ciudad, a la musulmana que había de sucederle y que, aun en sus mejores tiempos, estuvo constituida en su mayor parte por casas de adobe, con excepción, claro está, de los palacios regios, las mezquitas y algunos otros edificios públicos.

Evidentemente, nuestra región fue evolucionando al compás de la evolución del Imperio romano, del que formaba parte. Su máximo esplendor lo alcanzó en los siglos I y II. Sufrió después las crisis de los siglos III y IV y las conmociones e invasiones del V. Pero conviene recordar que en la ya larga y variada historia de Andalucía no ha habido otra aportación tan arraigada y tan duradera como la romana, que pervivió durante diez siglos, desde el s. III a. Cr. hasta las invasiones islámicas del VIII d. Cr. Porque el dominio de los visigodos fue un dominio político y militar, no cultural. La cultura andaluza en los siglos V, VI y VII siguió siendo romana. Los vencedores en las armas fueron vencidos culturalmente. Por lo que toca a la religión, ni siquiera por la fuerza consiguió Leovigildo forzar a los católicos a aceptar su versión arriana del cristianismo.

En esos tiempos culturalmente tardorromanos, S. Isidoro de Sevilla es el gran exponente de la victoria de la cultura autóctona —diez siglos de implantación dan pleno derecho a designarla así— y de la religión autóctona, sobre la de los invasores visigodos. Su obra y su actitud fueron una aportación de primera importancia en orden a la salvación de la herencia espiritual de la antigüedad, la restauración de la Iglesia, la conservación de la lengua latina, la regeneración de la enseñanza de clérigos y monjes, y la elevación del nivel de la cultura antigua y cristiana².

La gran ruptura

Solamente setenta y cinco años después de la muerte de S. Isidoro, irrumpen en la Península árabes y beréberes en «guerra santa», bajo la bandera del Islam, portadores de una lengua, una cultura y una religión ajenas a las nuestras de entonces. Los autóctonos, los andaluces de entonces, se ven dominados militar y políticamente, y oprimidos cultural y religiosamente por una serie de restricciones y dificultades.

(2) Cf. D. MILLET-GERARD, *Chrétiens mozarabes et culture Islamique dans l'Espagne des VIII^e-IX^e siècles* (Paris 1984), p. 22. La lectura de este libro me ha sugerido la idea de redactar estas líneas.

Los andaluces que querían seguir siendo fieles a su religión cristiana, tenían que pagar cada mes lunar un impuesto especial personal que era, en una sola pieza, un serio daño económico, una discriminación y una humillación que los constituía en ciudadanos de segunda clase en su propia patria. La opresión de los autóctonos fieles a su cultura y a su religión se manifestaba también en el desplazamiento hacia los suburbios de las ciudades, reservándose el centro para los dominadores. No era práctica generalizada una persecución en regla del cristianismo, pero sí lo era la táctica de las limitaciones asfixiantes que sólo pueden calificar de no persecutorias los que no tienen inconveniente en considerar democráticos a los que someten a situaciones parecidas a los cristianos actuales que viven en países dominados por dictaduras totalitarias o por el Islam: prohibición de cualquier intento de propaganda, libertad de culto circunscrita al interior de los templos, imposibilidad de nuevas construcciones. Además del menosprecio, la burla y la obligación de soportar continuamente en su propia tierra, la lengua, las costumbres y la religión ajena.

Está algo de moda menospreciar ciertas descripciones de hechos y actitudes que suponen una auténtica persecución de los mazárabes cordobeses en el siglo IX. Se consideran exageradas e interesadas, por proceder de personajes como Alvaro y Eulogio de Córdoba, de reconocido furor anti-islámico y epígonos del grupo más cerrado e intransigente de una minoría mozárabe que llevó su integrista hasta el extremo de provocar espontáneamente el propio martirio y la reacción violenta de los musulmanes, con el fin de sacudir las conciencias deslumbradas por la triunfante cultura islámica. Alvaro y Eulogio son, sin embargo, testigos oculares y directos de los hechos que ven y narran mientras están sucediendo. Ciertamente, no es lícito generalizar ni extender a otras épocas lo que pudo ser solamente una reacción violenta a la provocación. También habrá que prescindir de las exageraciones retóricas y apologéticas en que estos autores han envuelto sus narraciones; pero sería demasiado negar toda credibilidad cuando hablan de basílicas y templos destruidos³, de iglesias sin pastores ni ministros, de fieles encarcelados, etc.⁴.

El cambio

Ante el dominio cada vez más firme e influyente del Islam, los autóctonos andaluces van dividiéndose en dos grupos: el de los **muladíes** o conversos a la nueva religión, que ceden a la presión ambiental y aceptan plenamente el cambio; y el de los llamados **mozárabes** que inicialmente se mantienen fieles a su religión cristiana y pretenden conservar su propia cultura, a pesar de las innumerales ventajas que el cambio pudiera ofrecerles.

(3) EULOGIO, *Memoriale sanctorum*, 3, 3.

(4) EULOGIO, *Documentum martyriale*, 11; ALVARO, *Vita Eulogii*, 12.

Los muladíes al principio estaban en minoría. Pero el problema principal para los que apreciaban su cultura hispanorromana y el cristianismo, como herencia social e histórica de su pueblo, no estaba en la minoría muladí, sino en los mismos mozárabes, cada vez más deslumbrados también por el auge evidente y el esplendor de la nueva cultura.

La descripción que hace Alvaro de Córdoba de este amenazante defeción es ya una pieza histórica clásica:

«Yo os pregunto: ¿se encuentra hoy fácilmente entre nuestros fieles laicos alguna persona inteligente que se interese por las Sagradas Escrituras y lea las obras en latín de los doctores? ¿Quién hay que se inflame por el amor evangélico, profético y apostólico? ¿No es verdad que todos los jóvenes cristianos de buena presencia, elocuentes, distinguidos en sus gestos y en su aspecto, educados en la cultura profana, son ahora entusiastas de la lengua árabe, se lanzan con avidez a los libros caldeos, los leen intensamente, los comentan con ardor, los reunen con ingente celo, los divulgan con grandes elogios en una lengua amplia y precisa, mientras ignoran la belleza eclesiástica y desprecian como cosa sin valor los ríos de la Iglesia que manan del paraíso? ¡Qué pena! Los cristianos desconocen su propia ley y los latinos olvidan su propia lengua, hasta el punto que en una comunidad cristiana apenas se encontrará uno solo entre mil capaz de escribir convenientemente una carta en latín a su hermano. En cambio hay muchísimos en condiciones de desplegar sabiamente la pompa de la elocuencia caldea y de terminar su carta con el adorno de fórmulas en versos muy sabias y de una elegancia superior...»⁵.

El progreso en la lengua y en la cultura árabe favorecía además la incorporación de los mozárabes a la vida activa de la sociedad, de la administración pública y aun de la política, en el nuevo orden de cosas. De ahí que el grupo de los mozárabes interesados de verdad por la conservación de su específico patrimonio cultural y religioso fuese reduciéndose cada vez más, hasta quedar constituido en una exigua minoría.

La minoría mozárabe

Por lo que se refiere a la conservación de los valores culturales y religiosos de la Andalucía invadida, la actitud mayoritaria de la población culta, descrita por Alvaro, era evidentemente peligrosa y aun catastrófica. Un entusiasmo tan fervoroso por la cultura del pueblo dominante, no sólo puede ser comparada, sino que llega incluso a superar al demostrado en muchos sitios en nuestros días por el **american way of life**.

(5) ALVARO, *Indiculus luminosus*, 35.

Por otra parte, la reacción de los conservadores fue, en parte, como todas las reacciones, exagerada también y desmedida. El disgusto y los impedimentos fueron creando un integrismo abstencionista cada vez más cerrado en sí mismo, que terminó ausentándose mayoritariamente de las ciudades, para organizarse en monasterios, retirados en lugares apartados de un mundo que, siendo el suyo territorialmente, les resultaba ajeno y odioso.

Algunas basílicas, como la de S. Acisclo, la de los Tres Santos y la de S. Zoilo, fueron escuelas de religión y de mozarabismo; pero sobre todo florecieron en estos aspectos muchos monasterios cordobeses, como el de **Cuteclara** o **Cuitclara**, situado en un arrabal de la ciudad; el de **Tábanos**, unos cuantos kilómetros al norte de Córdoba, visitado varias veces por Eulogio, que fue discípulo allí del abad y mártir Martín, y del que salieron para el martirio Columba, Digna, Isaac y otros; destruido violentamente en el 853; **Peñamelaría**, en la sierra de Córdoba, de la que fue célebre abadesa Pomposa; **Fraga**, en la aldea cordobesa de Lejulo, en el que vivió el mártir Leovigildo; **Armilata**, dedicado a S. Zoilo, cerca de la villa de Adamuz; **Froniano**, dedicado a S. Félix, del que procedieron los mártires Walabonso y María; **Rojana**, dedicado a S. Martín, del que procede el mártir Cristóbal; **San Cristóbal**, también visitado por S. Eulogio.

Que hubo exageraciones en la actitud de estas minorías no sólo es un hecho reconocido hoy día, sino sobradamente subrayado, hasta el punto de la descalificación total, lo que a su vez es otra exageración, puesto que la mozarabía cordobesa intransigente no presenta sólo aspectos negativos. Hay en ella una legítima preocupación por la defensa de su patrimonio religioso y cultural, como hemos visto, patrimonio que nadie tenía derecho a destruir ni a dilapidar. Además, si nos fijamos preferentemente en lo esencial de su actitud, prescindiendo de algunas formas concretas de su manifestación, habremos de reconocer que pretendían ante todo algo tan justo como la libertad de expresión para defender su propio pensamiento con la palabra y con los escritos. Su exageración llegó a un extremo tal que les hizo a algunos escoger el camino del martirio voluntario, logrado en muchos casos por medio de manifiestas provocaciones contra Mahoma y el Islam. Esta actitud fue condenada por buena parte de la jerarquía, de acuerdo con la antigua tradición cristiana, que ya en siglos anteriores se había pronunciado en contra de semejantes impulsos inconsiderados. Pero visto ahora en la perspectiva de una minoría oprimida en peligro de desaparición, hay que admitir que el método de lucha escogido se inscribe en el marco de la resistencia pasiva y no de la violencia. Ni los más grandes epígonos, Alvaró y Eulogio, exhortaron nunca a una sublevación, ni a una «guerra santa», en el sentido estricto en que se usaba en el Islam. En su desesperación, exhortaron incluso al sacrificio propio —Eulogio lo realizó personalmente—, con el fin de

provocar una reacción saludable que mantuviese encendido el aprecio del propio modo de ser de la Andalucía conquistada. El éxito no les acompañó. Pero por muy poca sensibilidad que se posea ante los valores que defendían, no podrá negarse la heroicidad y el idealismo de aquellos andaluces cordobeses del siglo IX, que lo entregaron todo, incluso la vida, por salvar un patrimonio histórico que por ser el de ellos es también el nuestro.

Aunque no sea ésta ocasión para reproducir aquí todo el martirologio mozárabe, no creo que esté de más que al menos recordemos algunos de sus nombres: **Adulfo** y **Juan**, muertos por empeñarse en mantener su fe cristiana, a pesar de ser hijos de padre musulmán; el monje **Perfecto**, víctima del engaño y la traición; el mercader **Juan**, azotado, encadenado y paseado desnudo en un asno por las calles de Córdoba; el matrimonio formado por **Aurelio** y **Sabigoto**, ejecutados juntamente con otro matrimonio amigo, el de **Félix** y **Liliosa**; **Flora**, hija de padre musulmán y de madre cristiana, huérfana de padre desde los ocho años y educada en cristiano desde entonces por su madre; tuvo que huir de su casa para evitar el furor de su hermano musulmán, que llegó a denunciarla al cadí; erró durante seis años, refugiada en diversas casas cristianas, hasta encontrar en la basílica de S. Acisclo a **María**, hija de padre cristiano y madre musulmana, con la que padeció primero cárcel y después el martirio por decapitación. Y así otros muchos: **Pedro**, presbítero, natural de Ecija; **Walabonso**, diácono de Niebla, hermano de la mártir María; **Sabiniano**, natural de Froniano, monje en S. Zoilo de Armilata; **Habencio**, monje cordobés del monasterio de S. Cristóbal; **Jeremías**, fundador del monasterio de Tábanos; **Rodrigo**, presbítero de Cabra, denunciado por su hermano apóstata, etc.

Los mártires mozárabes cordobeses no son actualmente muy cotizados con frecuencia, y se les suele englobar sin matizaciones en la categoría de fanáticos insensatos. Pero si nos atenemos a los datos históricos y queremos ser justos, hemos de recordar en primer lugar, que no todos los que sufrieron el martirio fueron exaltados, que se lanzaban a insultar a Mahoma para conseguir que se les ejecutara. Con demasiada frecuencia se olvida que algunos murieron porque no aceptaron la ley musulmana que prohibía bajo pena de muerte ser cristiano al que tuviese madre o padre musulmán. Tampoco se suele recordar que la gran serie de ejecuciones comenzó a raíz de una provocación por parte musulmana, que costó la vida al monje Perfecto, a quien unos musulmanes habían pedido su parecer sobre Mahoma y su doctrina, bajo promesa de no denunciarlo, dijese lo que dijese, promesa que, por supuesto, no cumplieron. Y, en segundo lugar, aun los ofrecidos espontáneamente eran en muchos casos conscientes de que su sacrificio significaba una llamada de atención para quienes demasiado alegremente se prestaban a cualquier compromiso, con tal de mantener sus intereses creados o alcanzar nuevas posiciones de favor.

Hacia el siglo XI la lengua latina y la incipiente lengua románica andaluza desaparecen prácticamente de nuestra tierra, quedando de ella solamente topónimos de ciudades y antiguas villas romanas, algunos de ellos tantas veces mal interpretados, como los de Pampaneira, Capileira, Ferreira, etc., atribuidos falsamente a una inmigración gallega que llegó solamente mucho tiempo después de la existencia de esos nombres. Los esfuerzos heroicos de los mozárabes cordobeses no bastaron para conservar en Andalucía nuestra cultura anterior multiseular, ni nuestra religión. Pero, a partir del siglo XIII, dos siglos solamente después de su casi total extinción, los nuevos conquistadores de Andalucía, los reyes cristianos del resto de la Península, al acabar de nuevo con la que ya era nuestra lengua, nuestra cultura y nuestra religión (la islámica), vengaron, en cierto modo, la muerte lenta de la mozarabía andaluza, restituyéndonos al mundo latino y cristiano en el que por tantos siglos se había ido fraguando nuestra personalidad.

Manuel Sotomayor

«...e insistiendo en predicar nuestra fe, es conducido a toda velocidad al Palacio y arrastrado hasta los consejeros del rey. Allí, uno de ellos, muy conocido suyo, le insinúa compadecido: bueno está que los simples e idiotas se dejen inducir a esta lamentable ruina de muerte; pero ¿qué clase de demencia ha podido impulsarte a ti, hombre sabio e ilustre, a esta situación mortífera, despreciando todo amor natural a la vida? Escúchame, por favor; te lo ruego: no te lances al precipicio. Di cualquier cosa en este mal momento y después, en cuanto puedas, sigue viviendo tu fe. Te prometemos no volver a buscarte. El dichosísimo mártir le respondió sonriendo: ¡Si tu pudieras entender las grandes cosas que están prometidas a los que profesan nuestra fe! ¡Ojalá pudiera traspasar a tu pecho lo que guardo en el mío! Si pudiese, no intentarías ya apartarme de mis propósitos, sino que serías tu el que procurarías apartarte de los honores de este mundo. Y comenzó a exponerles la palabra del Evangelio eterno y a hablarles con plena libertad del reino. Ellos, inmediatamente, sin querer oírle, ordenan decapitarlo. Cuando le conducían, uno de los eunucos del rey le propinó una bofetada. Entonces Eulogio le presentó la otra, diciéndole: golpéame también, por favor en esta otra. Así lo hizo el otro; y él, paciente y humilde, volvió a presentar la primera. A empujones es conducido por los soldados hasta el lugar de la ejecución. Se arrodilla allí, extiende las manos al cielo, se protege todo él con el signo de la cruz y orando en silencio brevemente, extiende el cuello ante el verdugo; con un rápido golpe, despreciado el mundo, encuentra la vida. Consumó su martirio el 11 de marzo, sábado, en la hora de nona...»

Del martirio de S. Eulogio, narrado por ALVARO DE CORDOBA, *Vida y martirio del binaventurado mártir Eulogio*, cap. V, n.º 15.